

♣BREVE HISTORIA DE INMIGRANTES♣

"...A la mitad del viaje de nuestra vida me encontré en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto. ¡Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi pavor, pavor tan amargo que la muerte no lo es tanto...!"

Dante Alighieri. "La Divina Comedia"

Pag. 525

I

Corría el mes de Abril del año 1914, por allá en los albores del siglo veinte, cuando a su final, arribaría a bordo de un viejo buque con bandera de la República de Guinea-Bisáu a La Vela de Coro, en el Estado Falcón, la familia de origen portugués Da'Costa Freitas; representada como era su costumbre por un experimentado hombre de mar, como lo fue, don Joao Da' Costa de Magalhães.

La sencilla agrupación de visitantes lusos finalmente recaló por allí, como únicos pasajeros de aquel extraño barco. En el que habrían viajado de gratis, en una especie de cortesía por parte de su Comodoro quien era amigo personal del jefe del grupo familiar, desde que trabajaron juntos en la misma línea, propietaria de

dicha nave; aunque según decía el Capitán, entonces de múltiples barcos en situación parecida a la de éste, legalmente pertenecía ahora dicho navío a una cooperativa de trabajo integrada por otros capitanes más que en unos litigios antes de la guerra, se los habrían adjudicado; siendo él, uno de los cabecillas de las revueltas con que se los apropiaron.

Tocaban tierra esta vez en América después de una larga e incómoda travesía, luego de una breve estadía en algunas colonias portuguesas del continente africano (*...Donde como es de imaginarse y por su propia naturaleza nunca faltan las sorpresas, porque extrañamente en el momento de zarpar de la última de ellas, se había producido un raro altercado entre el Capitán y un grupo de nativos según pudo observar Joao, pero en el interín no prestó demasiada atención*

a lo que sucedía; aunque sí pudo ver que los reclamantes estaban muy molestos. Al punto de lanzar sus flechas, palos, piedras y lanzas contra la nave, muchos de los cuales iban vestidos con su atuendo tradicional que sin lugar a dudas los identificaba como miembros destacados de la raza Zulú. Mientras tanto los proyectiles de sus primitivas armas simplemente rebotaron contra el poderoso casco de acero; viendo aquello entonces, más bien como algo rutinario, gajes del oficio pero al parecer, se equivocaba); siempre tras la búsqueda de mejores oportunidades y futuro seguro para su prole, que era lo que en definitiva a él le importaba y, la cual estaba compuesta por tres hijos: Dos niñas; de doce años la mayor, la otra de diez. Mientras que en el vientre de su querida esposa Fernanda, traían a quien en poco tiempo habría de nacer en tierras venezolanas, que don Joao

pondría por nombre Francisco; y con el tiempo, a su vez, empezarían a llamar simplemente, “Chico”. Chico Da’ Costa Freitas.

Durante el transcurso del viaje, sin querer, Joao cayó en cuenta al evocar la airada reacción de los zulúes en aquel ya distante puerto africano, picado por un repentino nerviosismo y, pensando en los ya cuestionados comportamientos de su rescatista amigo, que de pronto estarían en un tremendo problema a juzgar por todo lo que se decía de éste últimamente; pero entonces se calmó, y decidió que al menos, se merecía el beneficio de la duda, por cuanto él, después de tantos años navegando juntos por todo el orbe consideraba lo conocía bien. Incluso a su esposa, padre e hijos.

El señor Da’ Costa siempre se había caracterizado por ser un hombre

recto a carta cabal y, por otra parte, también tenía como uno de sus más caros principios en la vida el de mantener una justa apreciación del valor de la amistad. Sería por esto que aceptó viajar en este barco de la forma tan particular que ya quedó dicho, aunque con reservas; puesto que, casualmente, habría aprendido a desarrollar respecto a la actuación que en los últimos tiempos se tenía del prenombrado Capitán del mismo, un cierto recelo y desconfianza. Sobre todo desde que fue llevado a juicio el año pasado en los tribunales de Mogadiscio en Somalia, acusado de piratería. —Situación que siguió hasta donde pudo, a través de los informes de la prensa local en Faro; su ciudad natal. Donde entonces residía.

Sin embargo había salido bien librado en el proceso su amigo *Khaled*

Jail Al Souky, que así se llamaba el Capitán. Mediante el pago de una fianza por una fuerte suma de dinero cancelada con la ayuda de su generoso hermano, de nombre *Jamal*; quien llevara a cabo a su favor una astuta defensa apoyado por un grupo de sagaces abogados liderizados tras bastidores por él mismo —*que supuestamente se habría inhibido por razones obvias, para no caer en el consabido conflicto de intereses*—, como el mayor entre ambos. Un astuto abogado de la capital somalí, director de un prestigioso bufete de mucha fama en la ciudad, por la consecución de raras absoluciones en ciertos casos y, procesados; sin embargo, el juicio todavía seguía —*según le habrían dicho*—. Un extenso libelo que desde hace años se venía gestando en su contra cuando incluso habría sido pescado en alta mar un par de veces por la guardia costera; y,

hasta se rumoraba que ayudaba a trasladar esclavos en su nave a través de las aguas del Océano Indico, para venderlos en otras regiones del llamado cuerno africano en su costa oriental... Donde aunque parezca mentira, aún hoy se estilan estas barbaries que parecían prácticas tan sólo del pasado, apoyadas por ciertas naciones inescrupulosas de Europa, sobre todo del Este; especialmente de mujeres y hombres jóvenes. Que serían explotadas como esclavas sexuales en el caso de las primeras y, de braseros para la realización de trabajos forzados los segundos. Algo sumamente grave en realidad, pero que Joao sólo conocía por leves referencias y comentarios al margen, por así decirlo, al menos en los tiempos más recientes; hasta que se enteró de más detalles oscuros en la vida de su amigo, por lo del juicio y, a